

## INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

*Orlandis, José: “LA VIDA VISTA A LOS 90 AÑOS”·(\*)*

Nuestro amigo y colaborador, el profesor José Orlandis, ha escrito otro delicioso librito *La vida vista a los 90 años*. El nació un año después que yo. La obra está dividida en una introducción y tres partes: primera, “La historia”, segunda, “El presente”, tercera “El mañana”. Creo que para *Verbo* es especialmente interesante la segunda parte, “El presente”, que me permito transcribir a continuación:

### 1. ¿UN CAMBIO DE ÉPOCA?

El tránsito de la “historia” al “presente” no es fácil de fechar con exactitud. Durante varias décadas de mi existencia fui testigo de sucesivos acontecimientos que sin exageración cabría calificar de “históricos”. Guardo memoria —como ya se dijo— de la Dictadura de Primo de Rivera, de la caída de la Monarquía de Alfonso XIII y de la proclamación de la II República. Viví en plena adolescencia el comienzo y el final de la Guerra civil española de 1936 a 1939 y sufrí como todos los hombres jóvenes de mi edad la huella de aquellos acontecimientos. Lo mismo digo de la II Guerra Mundial, de 1939 a 1945, que por razones ya expuestas hube de vivir muy de cerca en Roma, uno de los epicentros de la contienda. Presencié el final del Régimen franquista, tras el fallecimiento de Francisco Franco, la instauración de la

---

(\*) Rialp, Madrid, 2008.

Monarquía de Juan Carlos I y el dilatado período de tiempo que se ha denominado –y sigue llamándose– la “transición”. Pues bien, ninguno de estos acontecimientos, por trascendentes que fueran en su momento, ni tampoco la cuestión de los Pontificados de Juan XXIII a Juan Pablo II pueden considerarse de por sí momentos determinantes del paso de un capítulo, al que cuadre la denominación de “historia”, a otro que pueda considerarse ya como el “presente”.

La razón de esta aparente ambigüedad tal vez esté en el hecho de que el tránsito de la “historia” al “presente” no sea un momento cronológico externo que pueda determinarse exactamente con la deseable precisión. Quizás ocurra que no nos encontramos ante un simple cambio de fecha sino de un cambio de época, del paso de una a otra edad. ¿Y quién se atrevería a situar en una determinada fecha el paso de la Antigüedad a la Edad Media, o del Medievo a la Modernidad? Es cierto que en las últimas décadas se han producido importantes cambios políticos, sociales y económicos en este mundo, convertido cada vez más en una aldea global y de modo particularmente sensible en los países del primer mundo occidental. Pero el cambio de la “historia” al “presente” muestra tales rasgos que más bien parece un cataclismo antropológico, fruto de una profunda alteración en la jerarquía de valores que constituían un patrimonio común de la humanidad.

## 2. EL CONCILIO VATICANO II Y EL ESPÍRITU CONCILIAR.

El fenómeno pudo advertirse de manera más o menos difusa desde la sexta década del siglo XX, con algunos episodios de violencia revolucionaria en sociedades del primer Mundo, como los registrados en París en mayo de 1968. El hombre occidental aparece presa de un extraño desconcierto, fruto de una desorientación acerca de las coordenadas más radicales de la propia existencia: no acierta a conocer la clave de su propio destino, no sabe el porqué y el paraqué de su existencia, de dónde procede ni a dónde va.

A esta desorientación ha contribuído sobremanera el impacto creciente de los medios de comunicación, cada vez más poderosos, que someten al hombre a un constante golpeteo de efectos demoledores para sus convicciones y el mismo sentido común. Entre los fieles católicos no es posible desconocer ciertos efectos derivados del Concilio Vaticano II, un acontecimiento del mayor relieve en la historia de la Iglesia del siglo XX. Al margen de los documentos conciliares y en abierta disonancia con ellos, se extendió un mal llamado “espíritu conciliar” que, vistas sus consecuencias, no puede estimarse positivo. A los ojos de muchos surgió la falsa impresión de haberse producido una ruptura total con la tradición, que todo lo anterior había caducado. Se multiplicaron las deserciones entre el clero y los religiosos, hizo crisis el espíritu de obediencia.

No hay por qué insistir en el tema pero convendrá recordar unas palabras dolientes del papa Pablo VI, pronunciadas el día de San Pedro del año 1972: “¿Qué ha pasado en la Iglesia –se preguntaba– para que después de un concilio que había constituido para todos una esperanza de renovación y vitalidad para la Iglesia haya surgido una crisis de proporciones devastadoras?”. Tres años más tarde –el 18 de julio de 1975– el Papa insistía: “¡Basta con la disensión dentro de la Iglesia!...¡Basta con la lesión que los mismos católicos infligen a su indispensable conexión! ¡Basta con la desobediencia calificada de libertad!”.

### 3. UNA INVASIÓN DE FRIVOLIDAD.

Estas causas y otras más han alimentado un proceso de degradación de la propia condición humana: la nota dominante parece ser una invasión de frivolidad vital, caracterizada por el naturalismo, el erotismo, la trivialización del sexo y un desbordamiento de la sensualidad que impregna con un aroma asfixiante la atmósfera de muchos ambientes y la vida de muchas personas. La presión, ya denunciada, de los medios de comunicación social es especialmente responsable de estos fenómenos. La degeneración del sexto, considerado como una nueva especie de violencia,

constituye un rasgo típico de las sociedades de hoy: la violencia de género, las más de las veces del varón contra la mujer. Por otra parte, un feminismo militante fomenta una relación hostil, claramente antinatural de la mujer frente al varón.

Todos estos fenómenos constituyen una consecuencia de la inédita subversión de valores que padece buena parte de la humanidad; el primer valor que se difumina es la verdad. La verdad, fundamento del bien, no existiría, o sería imposible reconocerla, al negarse la ley natural, que ilumina y orienta toda conciencia individual. Si la ley divina natural, que tiene su máximo exponente personal en Jesucristo –“Cristo es la verdad”– (I Io, V, 6) desaparece del horizonte mental, el hombre sucumbe ante la incitación del pecado original, “seréis como dioses” (Gen III, 6), que perdura a través de los siglos y anima el humanismo más radical. El hombre, desligado de toda vinculación a una ley divina que está por encima de él, incurre inevitablemente en el humanismo desconocedor del bien y el mal, según la expresión del Génesis (III, 6), y se convierte en definidor de lo que sea el uno y el otro. Es la idea madre de un totalitarismo democrático, según el cual las decisiones de los hombres, expresadas en sus asambleas políticas y legislativas, constituyen el único criterio fundamental de la moralidad, definidor de lo que es justo o injusto, de lo que es el bien o el mal.

#### 4. PROGRESISMO Y RESPETO A LA VIDA.

El dominio del relativismo es un factor cómplice de la secularización que fue impregnando de modo creciente a muchas sociedades del primer Mundo. En las sociedades relativistas, el hombre desnortado carece de la “tercera dimensión”, que dé sentido y profundidad a su existencia y está expuesto a convertirse en víctima de las más penosas aberraciones. Una de ellas es la asombrosa postura de los movimientos denominados “progresistas” ante la vida. Es sorprendente comprobar cómo la agresión contra la vida humana –especialmente en su comienzo y su decadencia–, constituye uno de los postulados, incluso programáticos, de los

“progresismos” contemporáneos. Así, el aborto, de ser un crimen sancionado como un delito por la ley penal –como lo fue hasta hace poco en todo el mundo civilizado–, ha pasado a convertirse en un derecho de la madre y negarlo no resulta “políticamente correcto”. Julián Marías, que conoció el fenómeno abortista antes de morir, afirmó que “la aceptación social del aborto es sin exagerar lo más grave que ha acontecido en este siglo –el XX– que se va acercando a su final”. La cuestión del aborto, y el auge desmesurado de la cifra de abortos en un país como España, resulta ser una confirmación actualísima de aquellos temores. Un desorden no corregido, como lo prueba el hecho lamentable de que este país se haya convertido en el paraíso abortista del continente europeo.

Otro atentado contra la vida, éste en la fase menguante de la existencia humana, es la “eutanasia”. Este riesgo se acrecienta en la medida en que esa existencia se prolonga y los progresos de la medicina hacen que un buen número de personas alcance edades avanzadas; y ello a veces con enfermedades propias de la vejez; o viviendo en soledad, como consecuencia de la crisis de la institución familiar. Todos hemos podido leer relatos de persona ancianas que huyen de sus residencias o clínicas, e incluso de su país, por temor a ser objeto de una indeseada eutanasia. Lo que sí vale la pena resaltar es que la defensa de la eutanasia –rebautizada piadosamente como “muerte dulce”– es para muchos políticos, que se autodenominan “progresistas” un avance deseable que entraría a sus ojos en lo “políticamente correcto”, y no les desprestigiaría ante ciertos sectores de la opinión pública.

## 5. MATRIMONIO Y FAMILIA

Un nuevo objetivo de la lucha a la sombra del dogma relativista, contra valores naturales y cristianos fundamentales es la lucha contra la familia y el matrimonio, que constituye su núcleo y fundamento. Uno de los ataques más difundidos es el dirigido a fomentar la disolución del matrimonio, el cáncer del divorcio, como lo calificó el papa Juan Pablo II. Un método muy adecua-

do es la eliminación de trabas legales que pudieran constituir un obstáculo y la consiguiente multiplicación de facilidades para lograrlo. La práctica jurídica revela que se ha llegado a una situación en que resulta más fácil la disolución de un matrimonio que la de un contrato de arrendamiento. En este sentido destaca el llamado “divorcio exprés”, que abrevia los plazos previstos en el ordenamiento legal y priva así a los esposos, que sufren una situación de crisis, del tiempo necesario para una reflexión serena que les ayude a recuperar la calma y tal vez a recomponer una ruptura que, en momentos de ofuscación, les parecía inevitable. Salvar matrimonios en posibles crisis es un objetivo importante de la lucha a favor de la institución familiar.

Hay todavía un aspecto de la lucha contra la familia, que no se refiere a su fragilidad o fácil ruptura, sino que afecta a la propia naturaleza de la institución: el matrimonio no se concibe ya solamente como unión entre un hombre y una mujer, sino que se admite como tal y se les atribuye un reconocimiento legal a uniones entre personas de un mismo sexo, a las que se denomina también con la palabra “matrimonio”.

Se trata, como puede verse, de una novedad para la que no es posible encontrar precedentes en el capítulo de “historia”, por constituir un acontecimiento radicalmente nuevo, frente a la ley natural y a los preceptos religiosos más fundamentales. Dentro del tiempo de mi vida más reciente he sido testigo de la aparición de una realidad que no existía en las legislaciones, ni tampoco constituía un fenómeno social de cierta relevancia. Los movimientos de colectivos homosexuales –“gays” o “lesbianas” se les llama– han proliferado con increíble celeridad, hasta constituir grupos de presión muy influyentes en la realidad, en la legislación y en la acción de los propios partidos políticos. Su afán por conseguir una situación de igualdad política y jurídica, de “normalidad”, afecta especialmente a la familia, las relaciones conyugales y paterno-filiales, a los aspectos económicos en lo referente a la p revisión social y al terreno sucesorio.

## 6. VALORES Y CONTRAVALORES

Para terminar, conviene hacer memoria de los valores permanentes y genuinos, que han constituido el fundamento inconmovible de las sociedades humanas de todos los tiempos y culturas: Dios, el supremo valor, del que dependen otros más, como la verdad, el bien, la belleza, la justicia y la misericordia; y también la rectitud de vida, el sentido del dolor, la santa pureza, la castidad conyugal, la fidelidad. Su crisis y el vacío que produce viene rellenado por una serie de contravalores, o falsos valores, muy cotizados en la hora presente de la humanidad: el ateísmo, un agnosticismo elegante y no comprometido, actitudes admitidas en lo “políticamente correcto”; el materialismo, la moral fundada sobre el “éxito” o el beneficio, la búsqueda de una felicidad exclusivamente terrena; la libertad de expresión, la libertad sexual, el afán de dinero y de bienes materiales. Los ricos, los “famosos” en la vida social, como políticos, deportistas, cantantes, etc., suelen ser los “iconos” de actualidad, cuyas conductas desordenadas constituyen a menudo motivo de confusión y piedra de escándalo para los “pequeños”, los más débiles de la sociedad.

Sería un error imperdonable extraer de esta consideración de la hora presente la conclusión de que —según reza el viejo adagio— “todo tiempo pasado fue mejor”, y nada de lo aportado por el tiempo presente suponga un progreso, una mejora y carezca de valor. Lejos de eso, procede hacer justicia también al presente y descubrir lo mucho que ha aportado y está todavía en condiciones de seguir aportando.

El tiempo presente ha sido testigo de una multitud de avances, que constituyen un progreso sumamente beneficioso para la vida material del mundo y la existencia personal de los hombres de hoy. Baste con evocar la elevación de la cultura, del nivel de vida en muchos lugares de la tierra. La simple consideración del desarrollo muy extendido de la higiene es la muestra de un auténtico progreso de la humanidad. La medicina ha realizado avances espectaculares, cuyos resultados se traducen en la prolongación

de la vida del hombre sobre la tierra, gracias a la cual la ancianidad vivida en buenas condiciones ha venido a constituir un fenómeno social. Baste con leer las esquelas de los periódicos que son un buen exponente de que el fallecimiento de personas que han alcanzado o superado los cien años de edad no constituye algo insólito y excepcional; aunque no sea lícito confundir vida larga con vida plena. El desarrollo de las ciencias ha contribuido también a mejorar hasta límites antes unimaginables las posibilidades de la vida en la tierra.

## 7. LOS CRISTIANOS, SOLDADOS DE CRISTO

Un progreso indudable ha experimentado la preocupación de multitud de personas por la naturaleza, que conviene respetar y defender contra posibles peligros. La Ecología responde a una preocupación que es muy beneficiosa en su conjunto, aunque pueda darse alguna exageración en materias como el cambio climático. Pero estos aspectos positivos no se limitan a la esfera de lo material, sino que tienen saludables repercusiones en la conducta humana en su totalidad. Un avance muy significativo, comparado con el tiempo de mi juventud, comprendido aquí en el capítulo de "historia", es la virtud de la solidaridad, de honda dimensión espiritual y que presenta evidentes progresos. La solidaridad, íntimamente relacionada con la caridad cristiana, con el "Mandamiento nuevo" de Jesús, es sentida y practicada hoy por más personas que nunca, aunque a veces quienes la ejercitan no adviertan con plena lucidez toda su dimensión espiritual. Nuevos fenómenos sobrevenidos en el seno de las sociedades contemporáneas propician la práctica de la solidaridad. Basta mencionar la emigración del campo a las ciudades, la transferencia de poblaciones de uno a otro país e incluso de uno a otro continente: el fenómeno actualísimo de la inmigración, con todos los problemas que plantea; la "globalización", reflejo del creciente "empqueñecimiento" de la tierra, y otros fenómenos más.

Ha de prestarse también atención a un hecho negativo pero insoslayable: el avance del secularismo en varias sociedades del



mundo occidental. Pero, sin desconocer el hecho y la dificultad que entraña, ha de afirmarse que constituye un desafío y un objetivo para la acción apostólica de la Iglesia y de todos los fieles cristianos. El secularismo es consecuencia en buena parte del declive de tradiciones y hábitos familiares y sociales y ha de afirmarse que no todo es malo en este fenómeno que denuncian las estadísticas y la propia experiencia personal de cada uno. La Iglesia, convertida en *pusillus grex* –en pequeño rebaño– está integrada quizás por menos fieles en número, pero por una mayor proporción de verdaderos cristianos, por *milites Christi*, soldados de Cristo, como pedía el Apóstol San Pablo (II Tim II, 3). Unos cristianos militantes, que lo serán menos por efecto de la tradición o de la costumbre –por conformismo social–, que por su propio dinamismo espiritual y su consecuencia con la propia fe. Estos cristianos que se esfuerzan por ser verdaderos discípulos de Cristo son el grano de mostaza evangélico, capaz de informar y transformar toda la masa. Una masa que puede representar a la muchedumbre de los bautizados, la que se refleja en las encuestas y estadísticas al uso”.

Hemos de agradecer al Profesor Orlandis esta sintética clara y luminosa exposición que acabamos de transcribir de su última obra.

Por la transcripción.

JUAN VALLET DE GOYTISOLO